

CLAVES PARA ENTENDER A VENEZUELA

Tomás Straka

La situación actual de Venezuela genera confusión y perplejidad en propios y extraños. ¿Cómo entenderla en sentido histórico? Tópicos de plena vigencia actual, como la democracia, la igualdad y el modelo de desarrollo, se proyectan en retrospectiva hacia más de cien años atrás.

¿QUÉ HACE FALTA para entender a Venezuela? Un observador que desde lejos oiga el rumor del país en sobresalto y quiera discernir su naturaleza, ¿qué necesitaría? ¿Existe un abecé que trascienda las fórmulas de los bandos políticos, con lo que tienen de reduccionistas e interesadas? ¿Hay venezolanos que de veras entiendan hoy su nación?

Sin lugar a dudas, el estado actual de Venezuela confunde a propios y extraños. Bien que se le mida desde el entusiasmo (¿una revolución socialista cuando ya nadie las soñaba posibles!) o desde el pavor (¿qué ha sido de la nación próspera, libre y segura que fue hace treinta años?), pocos se muestran capaces de explicar tanta dicha o tanta desgracia, según el caso. Tal vez la historia ayude a desenmarañar la madeja.

El proyecto y sus matices

Una constante de la sociedad venezolana, que viene de muy atrás y no parece perder vigencia, es lo que el historiador Germán Carrera Damas ha denominado «proyecto nacional»; y Diego Bau-

tista Urbaneja, «proyecto liberal», por su naturaleza. Cuando en 1830 aparece la república venezolana con continuidad histórica hasta el presente, las élites se trazaron un conjunto de metas en las que los venezolanos hemos insistido durante 180 años; incluso ahora, cuando el gobierno propone otras. La independencia había perseguido que el colectivo venezolano no solamente se convirtiera en una nación distinta de la española, organizada en un Estado propio, sino que también —sobre todo en los deseos de la mayoría de los venezolanos— creara una forma de vida diferente de la colonial.

El proceso fue largo y muy doloroso, como quiera que la sociedad venezolana lo inició hacia 1808 en medio de grandes tensiones raciales (deseos de ascender social y jurídicamente de los segmentos de color, crisis de la institución esclavista), económicas (efecto de las guerras napoleónicas en el Caribe), regionales (incomodidad de vastos territorios con la centralización en Caracas) y político-ideológicas (impacto de las revoluciones atlánticas en el

Caribe). Cuando colapsa la monarquía castellana y la élite criolla intenta reconducir en sus manos el ejercicio del poder, se abre una crisis de legitimidad que hará a todos estos factores combinarse de diversas maneras, que desatan o agudizan las tensiones y desembocan en una gran guerra civil (es decir, con bandos definidos en términos ideológicos y regionales) que pronto se convierte en una guerra racial (la llamada «guerra de colores»).

Comienza de esa manera uno de los fenómenos más característicos de Venezuela, que atraviesa longitudinalmente su historia republicana, y que los pensadores del siglo XIX llamaron «igualitarismo», acaso la otra constante —no ya desplegada desde la élite, sino desde *abajo*— que sin lugar a dudas ha matizado el proyecto nacional. Se trata de la igualdad como condición básica para cualquier cosa, incluso la libertad (según la tesis de Fermín Toro). La igualdad debía ser no sólo jurídica, sino efectiva (en palabras de Bolívar, cuando definió la «pardocracia»), sin esas odiosas trabas de casta y estamen-

Tomás Straka, historiador y profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

to de la colonia: si el dinero, el talento, la astucia (esta última peligrosamente valorada y no pocas veces confundida con la picardía: la llamada «viveza») o el valor (cuando estalle la guerra) lo permiten, que cualquiera pueda llegar al sitio que quiera en la sociedad. Aquella no era una igualdad socialista, sin clases, sino la derivada de una visión democrática, en el sentido decimonónico: sin trabas para ascender socialmente.

La pardocracia significaba la eliminación de la clase privilegiada (en palabras de Bolívar) y su sustitución por otra, pero de color. Requirió un largo esfuerzo conciliarla con el proyecto inicial de la élite. A la larga se impone el sector que ofrece como solución una república, en términos generales, liberal. Sí, la libertad habría de reconfigurar a la sociedad. La nueva ciudadanía y sus oportunidades le permitirán a cada uno resolver sus aspiraciones: para los pardos y negros libres habría igualdad jurídica, es decir, libertad para hacer o dedicarse a lo que quisieran sin las cortapisas de casta; para los comerciantes, puertos libres; para las regiones, federalismo (la autonomía es una forma de libertad); para los esclavos, manumisión (que es una forma de redención, de liberación) de al menos sus hijos y nietos. Lo racial desaparece de momento del lenguaje político (lo que no significa que desapareciera de la realidad).

El proyecto debe ajustarse en una década de grandes conflagraciones, fracasos y retrocesos, pero en 1830 tiene ya un perfil más o menos claro: lo que queda de la vieja élite y la nueva que va surgiendo —en la que hay desde nuevos ricos, algunos extranjeros, hasta jefes militares, muchos de color— más o menos retoma el control (aunque a un gran costo: la necesidad de pactar con el caudillismo, que expresa en buena medida a los sectores subalternos). En ese momento surgen dos retos en lo que se insistirá, también con grandes problemas, modificaciones y decepciones, durante un siglo: la formación de una economía capitalista (al final habría que conformarse con, al menos, una articulación con el capitalismo) y de un Estado liberal, al menos en algunos aspectos (también habría que conformarse con un mínimo: concentración de poder, garantía para las actividades empresariales, secularización, codificación civil, comercial y criminal modernas, respetada e implantada de forma variable).

No pueden perderse de vista estos factores, porque están en el fondo de los proyectos políticos que un siglo después, hacia la década de 1930, diseñan e implementan la llamada Venezuela Moderna (una expresión acuñada cuarenta años más tarde, para hablar de la democrática y petrolera) y que, en gran medida, concentran el debate político de hoy. Para entender esto, no obstante, hay que incorporar otras dos variables esenciales para la Venezuela de comienzos del siglo XXI que aparecen en aquellos fundamentales años treinta —petróleo y democracia— y explicar por qué del proyecto inicial hubo que conformarse con sólo algunos de sus rasgos.

El petróleo y los reajustes en el proyecto

El proyecto liberal no logró completarse. Eso explica, entre otras cosas, por qué los movimientos políticos que aparecen hacia la cuarta década del siglo XX se plantearon como primer objetivo culminarlo, antes de avanzar hacia cualquier otro lado.

El fracaso del proyecto liberal se debió en gran medida (pero no únicamente) a factores estructurales, económicos y sociales. Jamás Venezuela logró atraer los capitales suficientes para superar las debilidades de su producción agrícola (que tenía todos los problemas del latifundismo), en menoscabo de la formación de un mercado, de la acumulación de capital, de la inversión, de la creación de una élite próspera y sólida, e incluso de la construcción de un Estado con la suficiente fortaleza para, por ejemplo, tener un ejército capaz de controlar todo el país.

Los pardos no planteaban una igualdad socialista, nacida de una sociedad sin clases. La pardocracia procuraba llevar a la realidad una organización social más acorde con lo que sería el ideal decimonónico de la democracia: un sistema que no pusiera trabas al ascenso social

Aunque el desinterés del capitalismo en el país no fue la única causa (por ejemplo, tampoco hubo entre los venezolanos un espíritu empresarial, de trabajo y ahorro correspondientes a los lineamientos del proyecto), la verdad es que Venezuela siempre fue un destino muy poco atractivo para un imperialismo que tenía todo el mundo a su disposición (buena parte como francas colonias). La calidad del café compensaba un poco, pero cuando el producto entró en su prolongada crisis de pre-

representadas, y en sus relaciones de poder (paternalistas, personalistas y clientelistas) había oportunidades reales de mejorar la situación, aunque sea recogiendo algunas migajas. De más está decir que esto fue un buen caldo de cultivo para que la corrupción se volviera algo normal, incluso socialmente aceptado. Las historias infantiles tradicionales de Tío Tigre (el caudillo) y Tío Conejo (el vivo), si bien tienen un trasfondo africano, constituyen una metáfora clara de esta situación.

cios, desde finales del siglo XIX, no hubo mucho que hacer: el sector agrícola quebró hacia la década de 1930. Ello tuvo también un efecto político, como era de esperarse.

La debilidad del Estado, y en general de la élite que intentaba liderar al país, se manifestó en aspectos tan importantes como la incapacidad para controlar la violencia y para establecer el imperio de la legalidad (tesis de Diego Bautista Urbaneja). Setenta años de guerras civiles dan cuenta de esto, así como el caudillismo erigido en una especie de solución para garantizar cierta estabilidad. Los grandes caudillos (José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez) terminaron gobernando como déspotas más o menos ilustrados (en el sentido de que no abandonaron el proyecto liberal y modernizador de un todo). El largo período del gomecismo (1908-1935) representó, por una parte, la aducida resignación de la élite a sacrificar grandes cosas (por ejemplo, la libertad política) a cambio de un mínimo de orden y condiciones para el florecimiento del capitalismo. En 1903, Gómez derrotó militarmente a los caudillos, lo que le prepara para tomar el poder un lustro después. Aunque de vez en cuando hubo algún alzamiento (por ejemplo, entre 1929 y 1930), la verdad es que desde entonces Venezuela no conoce guerras.

Pero —y esto sin idealizarlo— el caudillismo significó también una canalización del igualitarismo, bien porque lograba reprimir los sobresaltos sociales o bien porque, en cuanto expresión de la ruralidad, en el caudillo las capas bajas de la población se veían

El petróleo va a cambiar este cuadro, al menos muchos de sus componentes. Para un país donde el petróleo formaba lagos (los llamados «menes») resultó toda una conmoción que aquellos «jugos de la tierra» se volvieran tan importantes a principios del siglo XX. Aun que desde la década de 1880 se ex-

ces una renta, como puede llamarse al conjunto de impuestos que pagan las compañías petroleras (y ahora PdVSA, que no ha alterado esa práctica). Eso le permitió, primero, vivir de algo distinto de la sociedad (ya no dependería de los magros impuestos con que pechaba a esa economía más bien pobre del café)

De acuerdo con la concepción democrática del pueblo venezolano el buen gobernante debe garantizar al menos dos cosas: hacer que se «viva mejor» y contar con la bendición de las mayorías

portaba asfalto y se producía kerosén a muy baja escala, a partir de 1920 empiezan a llegar capitales como nunca se había soñado. La inversión tendrá un típico carácter imperialista (condiciones decididamente favorables a las compañías, segregación de los obreros venezolanos) y eso estructurará a mediano plazo un sentimiento nacionalista que se reflejará, por ejemplo, en la venezolanización (es decir, sustitución de los gerentes extranjeros por venezolanos) que fue punto de honor nacional desde la década de 1960. En un primer momento, la reacción fue similar a la de quien gana una lotería.

El resultado es que finalmente aparece el capitalismo, con el que tanto se había soñado, y en cuyo logro tanto se había fracasado; aunque es un capitalismo *sui generis*, que Asdrúbal Baptista ha llamado «rentístico». El esquema es el siguiente: el Estado, dueño del subsuelo desde la colonia (y ratificado como tal por diversas leyes republicanas) tiene en sus manos un recurso inmensamente valioso. Como ya lo intentó con poco éxito en el siglo XIX —asfalto, oro, guano— su objetivo fue convertir eso en un negocio, buscando un concesionario (forzosamente extranjero, porque no había venezolanos con el capital ni la capacidad técnica suficientes) que lo explotara y mediante el pago de diversos impuestos le dé beneficios. Con el petróleo, por primera vez, la ecuación da resultado. Se juntan dos coincidencias cuya naturaleza escapaba de las manos de los venezolanos, pero que desde entonces aprovechan: gigantescos yacimientos (hasta la década de 1960 no se tendrá idea exacta de su volumen, pero ya se consideran la mayor reserva del mundo, con 300.000 millones de barriles) y el desarrollo de una tecnología que convirtió al petróleo en el combustible, literalmente, del capitalismo.

El Estado terrateniente, en cuanto dueño del subsuelo, recibió enton-

y, después, poco a poco, ir subsidiando a la sociedad (cuyas primeras manifestaciones fueron en la sobrevaluación de la moneda, gracias a los petrodólares, ya desde 1926, y en la ayuda a los cafetaleros quebrados en 1934) para, finalmente, hacer que la sociedad girara en torno a él. La decisión del Estado (de las élites que lo manejan) es cumplir el anhelo secular: emplear la renta para crear un capitalismo (de ahí lo de rentístico). La consigna acuñada por Arturo Uslar Pietri en 1936 de «sembrar petróleo» (y que desde entonces la han enarbolado todos los gobiernos, incluido el de Chávez) se entendió como la utilización de la renta para crear una industria, una burguesía y hasta un mercado nacionales, porque entre otras cosas ayudó a crear empleo (todavía ronda el veinte por ciento la fuerza de trabajo empleada por el Estado). Del mismo modo, la renta se ha utilizado igualmente para sobrevalorar el bolívar y, así, facilitar la importación de los recursos que requería el desarrollo, pero también para financiar un bienestar más o menos ficticio y un mercado en crecimiento.

Una consecuencia correlativa fue el inmenso poder que en adelante tendría el Estado, y que siguió creciendo a medida que crecía la renta. La épica nacionalista frente al petróleo y el imperialismo, que después de una cadena de éxitos cristaliza con la nacionalización de la industria en 1976, constituyó uno de los más grandes logros de los venezolanos en su historia (así al menos se siente), también eliminó el contrapeso que representaban las empresas. Por eso quien controla el Estado puede ser tan poderoso. Tiene en sus manos los recursos de los que vive el país. Los partidos políticos, sobre todo Acción Democrática (AD), lo fueron desde 1958. Hugo Chávez y todo el movimiento que encabeza lo son hoy. La diferencia entre ambos

es, entonces, la decisión política de qué hacer con esa renta. AD decidió rematar la tarea histórica de completar el proyecto nacional, reformulándolo y actualizándolo. Se propuso la modernidad capitalista, aunque dentro del marco del intervencionismo y el Estado de bienestar. El chavismo, sin romper tajantemente con algunos valores de AD y del decimonono, se propone la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción, en busca de un nuevo socialismo (véase su *Libro Rojo*, «guindado» en internet). Ambos contaron con el Estado petrolero y, sobre todo, con una determinada visión de la democracia y la sociedad: una visión muy venezolana que hay que considerar.

La democracia

Durante varios años la encuesta Latinbárometro ha colocado a Venezuela como el país con mayor aceptación de la democracia en la región. En 2010, el 84 por ciento de los venezolanos dijo preferirla a cualquier otro tipo de gobierno. Esto llama la atención, cuando tantos sectores, dentro y fuera del país, ponen en tela de juicio la calidad de la institucionalidad democrática en Venezuela.

¿Qué entienden los venezolanos por democracia? En el «Estudio de las valoraciones de la democracia en Venezuela», elaborado por el Centro Gumilla de Caracas en 2011, se encuentran algunas pistas. Los datos revelan que, más allá del concepto básico asociado con el ejercicio del voto (ininterrumpidamente practicado desde 1945, incluso bajo la dictadura militar que hizo fraudes masivos pero no se atrevió a suprimirlo), la democracia se asocia con una idea de bienestar de las mayorías. En esto influyen muchos factores. En primer lugar, desde el siglo XIX la idea de gobierno de la mayoría se entendió como la herramienta para que actuara en función de ésta, no de una élite. Es un antecedente que no debe minusvalorarse para lo que vino después: la idea actual de democracia. Fue la ecuación del Partido Liberal en 1840 a la que se debe, además de ésta y otras nociones fundamentales para Venezuela (por ejemplo, el culto a Bolívar), la superación de las categorías raciales en el lenguaje político por las nociones de pueblo y oligarquía, que retomarán los líderes democráticos de las décadas de 1930 y 1940; y que hoy sostiene Hugo Chávez, más por su eficacia simbólica y propagandística que por reflejar la realidad social.

El Partido Liberal, en el poder entre 1863 (después de su triunfo en la Guerra Federal) y 1910 (cuando Gómez rompió con los liberales, aunque a algunos los recicla en su régimen), se encargará de ser el portavoz del igualitarismo. La Guerra Federal consagra el voto universal y la federación como sistema. No obstante, bien que enarbolando estos principios, los caudillos liberales salidos de ella (Guzmán Blanco el más importante de todos) mantendrán en la práctica gobiernos despóticos, aunque

agraria: he allí lo que se conseguiría con la democracia. El sector de la izquierda, liderado por Rómulo Betancourt y el partido que funda (AD: «el partido del pueblo»), será fundamental en esto. Primero asume la culminación de lo que quedó pendiente del siglo anterior (integración del país, instauración efectiva de una república liberal-democrática como lo ha denominado Germán Carrera Damas, eliminación del caudillismo y control civil sobre los militares, e independencia plena, pronto asociada con el

to de Punto Fijo y otros pactos firmados en 1958. Aunque *puntofijismo* adquirió una connotación peyorativa por algunos de sus desarrollos posteriores, en un primer momento fue un consenso notable en una sociedad deseosa de alcanzar su proyecto de vida, y que hubo de enfrentar el reto de la guerrilla comunista y de algunos militares con ansias dictatoriales.

Hugo Chávez ha viajado por esos carriles. La tarea de hacer que «se viva mejor» se ha logrado por el aumento de la renta petrolera que produjo el alza de los precios del crudo entre 2004 y 2009, cuando pasa de 25 dólares el barril a unos cien, y muchos venezolanos, los más pobres, pudieron duplicar su capacidad de consumo (según las investigaciones del Proyecto Pobreza, de la Universidad Católica Andrés Bello). Esto ha tenido un impacto en los indicadores, porque el número de pobres se redujo sensiblemente entre 1998 y 2011, según fuentes del Banco Central de Venezuela: de 49 a 26 por ciento. No es de extrañar, entonces, que, a pesar de su hiperliderazgo (como lo ha admitido el mismo presidente) y su *cesarismo revolucionario*, para la mayor parte de los venezolanos se viva en democracia: porque sienten que «viven mejor» y tienen un gobierno elegido por la mayoría. Que sea sobre la base del consumo, acaso repitiendo viejos errores, o que sean indicadores ajenos al modo como esto ocurrió, ya es otra cosa que el votante promedio no considera.

La «Venezuela Moderna» y sus crisis

Cuando el sistema deja de garantizar el «vivir mejor» va perdiendo legitimidad, como ocurrió con la democracia a partir de 1989 y como pudiera ocurrirle al chavismo, si no logra mantener el consumo o el éxito transformando la sociedad en la dirección que se plantea.

A partir de 1930 el Estado venezolano asumió la tarea histórica de «ponerse al día» (la frase es de Baptista) con todo lo que alejaba a la sociedad de la modernidad: salud, vialidad, educación, industria, formación de un estilo de clase media modelado en el *american way of life* que en Venezuela, además, gozaba de la vitrina de los campamentos petroleros, rápidamente tomados como modelos. «Vivir mejor» se volvió básicamente acceder a esa modernidad. El petróleo permitió avanzar, aunque de manera desigual, tanto en términos geográficos (unas regiones más que otras, sobre todo las áreas petroleras y el gran centro

El Pacto de Punto Fijo adquirió una connotación peyorativa por algunos de sus desarrollos posteriores, aunque en un primer momento fue visto como un consenso notable en una sociedad deseosa de alcanzar un proyecto de vida en común

siempre cuidándose de no ofender el deseo de igualdad de las mayorías, con determinados gestos (un discurso populista y, para fin de siglo, radical; una preocupación constante por mantener el «prestigio» entre el pueblo, dando prebendas u organizando joropos y terneras; es decir, actuando como «césares democrático») o con algunas medidas más concretas (instrucción pública, ascenso social de algunos miembros del pueblo convertidos en ministros o generales, pactos para que cada región sea gobernada por su caudillo particular).

Para finales del siglo XIX quedaba muy poco del ideario. Una sucesión de problemas —bancarrotas del Estado, guerras civiles entre los mismos liberales, inmensas pérdidas territoriales— impuso un giro conservador en la élite: al deseo de orden se unió la nueva filosofía positivista, y el lema fue salvar lo que se pudiera del desastre. En adelante, «la política» será una mala palabra y los venezolanos aplaudirán a Gómez como el «gendarme necesario», el «césar democrático» por excelencia. Frente a los «políticos que hablan y arruinan el país», se impone el imperio de los «hombres de trabajo».

Sin embargo, la siguiente generación, nacida y criada en la *pax gommica*, querrá retornar a la política. Primero asume mucho del viejo lenguaje de los liberales, nunca desaparecido del todo, en aspectos tales como la democracia, pero pronto se alimentan con las ideas socialistas y marxistas de la hora. Ello hará aun más intensa la idea de democracia como base para una vasta revolución (otra idea que se recondujo del decimonono), pero ahora social. Educación para las masas (idea también de los liberales), salud pública, reforma

nacionalismo petrolero) y después emprende su revolución: voto universal, «siembra del petróleo» para el pueblo, creación definitiva de bienestar, reforma agraria. «Empoderamiento» definitivo del pueblo. Triunfo final de la igualdad. Entre 1945 y 1998 ejerció directamente el gobierno por 28 años y, salvo en el período de la dictadura (1948-1958), tendrá mayoría parlamentaria y sindical cuando fue oposición. Incluso hoy es el partido más grande de la oposición al régimen de Chávez, con un millón de votos en los últimos comicios y 22 diputados. Todas las encuestas indican una recuperación aun mayor.

El lema «con AD se vive mejor», junto con el valor en sí mismo del voto como fuente incontestable de legitimidad, son tal vez las dos herencias mayores que dejó este partido para la concepción de democracia de los venezolanos. El buen gobernante debe garantizar al menos esas dos cosas: hacer que se «viva mejor» y tener la bendición de las mayorías. De hecho, al sistema democrático de 1958-1998 lo llamó Juan Carlos Rey «sistema populista de conciliación de élites». Al final, las élites (empresariado, Iglesia, sindicatos, medios de comunicación y militares, todos girando en torno a los partidos políticos) llegaban a consensos —los cuales garantizaron medio siglo de una paz y una libertad que, más allá de sus fallas, fueron notables para lo que había sido Venezuela hasta 1958— que, no obstante, sólo eran legítimos en la medida en que el pueblo los refrendaba con el voto. Para el pueblo, a su vez, el sistema era legítimo en la medida en que podía cumplir la promesa de ascenso social y sus gobernantes hubieran sido elegidos por la mayoría. Tal es el núcleo del Pac-

enlazado en torno a Caracas) y sociales (unas clases más que otras). Revisar un mapa electoral de la Venezuela actual muestra dónde tuvo mayores resultados esa modernización: es fácil cruzar los indicadores con el voto y evidenciar en cuáles lugares la evaluación del régimen anterior es más positiva o, en todo caso, entusiasman menos las propuestas del régimen actual (que ha basado parte de su legitimidad en una versión muy negativa de la «Cuarta República»).

En general, de acuerdo con los resultados electorales, hasta entrada la década de 1990 los venezolanos estaban satisfechos con los resultados de los últimos cincuenta años: el noventa por ciento de los votos se repartía en los dos grandes partidos del sistema y la abstención rondaba el quince por ciento. El problema es que el modelo de industrialización (la «siembra del petróleo») se frenó en 1978, sin caminos para ser sostenido (es decir, hubo un «crecimiento sin desarrollo», como lo llamó D. F. Maza Zavala). Al final, la expansión basada en los petrodólares y el consumo (lo hecho por Chávez en este rubro no es nuevo) tocó sus límites en 1983, cuando lo que salía empezó a ser más de lo que entraba. Como las mayores apuestas de la «siembra de petróleo» no habían dado resultado (no siempre por incapacidad o deshonestidad de los venezolanos), la promesa global de «vivir mejor», creciente y perpetuamente, dejó de ser posible.

Esto puede explicar lo traumáticas que resultaron las medidas de ajuste de carácter «neoliberal», cuando el sistema dio muestras de agotamiento. El Caracazo (1989), más que una respuesta a las medidas de ajuste (se habían anunciado apenas unas semanas antes y aún no se implementaban), fue, entre otras cosas (porque aún no se sabe cómo explicarlo del todo), una reacción a la evidencia de que el sistema no podía dar más, anunciada por Carlos Andrés Pérez, elegido con la esperanza de que lo reviviera. Fue la gota que derramó el vaso de una creciente

«indignación moral» (la categoría es de Margarita López Maya) que desde hacía un lustro se había acumulado ante un orden de cosas que empezaba a defraudar las expectativas, después de su momento de mayor bonanza.

Hay muchos más factores. Es necesario, por ejemplo, considerar la in-

ejemplo de que el pretorianismo nunca desapareció del todo. ¿Por qué el socialismo? Por varias razones, desde el hecho de que Hugo Chávez lo sea (para algo sirve el hiperliderazgo) hasta la circunstancia de que la bancarrota del sistema pareció darle la razón a los sectores antisistema de la izquierda,

La épica nacionalista frente al petróleo y el imperialismo, que después de una cadena de éxitos cristaliza con la nacionalización de la industria en 1976, constituyó uno de los más grandes logros de los venezolanos en su historia, o al menos así se siente en el ánimo de las mayorías

capacidad de los partidos políticos para reformarse o la desconfianza que generaba el sistema por los casos de corrupción e impunidad en que desembocó la «obsesión por el consenso» (según Diego Bautista Urbaneja) del puntofijismo y que permitió encontrar un culpable: los políticos, los corruptos, que «nos quitaron nuestro dinero». Por supuesto que tuvieron mucha culpa, pero no fueron los únicos que bailaron en la fiesta. Baste lo dicho para explicar por qué la sociedad aplaudió las propuestas antisistema, como los fallidos golpes militares de 1992, el abstencionismo creciente, algunos partidos radicales como La Causa R y finalmente Hugo Chávez.

Colofón

Faltan dos cosas, de las muchas que pueden quedar por fuera. ¿Por qué un militar? Una vez entrados en crisis los partidos, en el sistema de conciliación de las élites las Fuerzas Armadas —que después de su aparatoso gobierno entre 1948 y 1958, y de su triunfo en el combate con las guerrillas (razón esencial para comprender la alianza con los partidos) optaron por ser socios menos visibles en el poder— no sólo estaban entre las más prestigiosas, según todas las encuestas, sino que eran también el único factor real para tomar el poder una vez que quebraron los partidos. Según Domingo Irwin este es un

que después de la derrota guerrillera siguió gravitando en la vida nacional. Tal vez los electores no votaron por el comunismo (aún hoy no pasan del quince por ciento los que desean tal modelo), pero sí por los referentes más críticos al orden anterior, y radicales en la propuesta de su ruptura.

El punto es, ya de vista al porvenir: si Chávez no alcanza a construir el «nuevo republicano» que se ha propuesto, ¿logrará con el socialismo el «vivir mejor», en el sentido que, estirándolo un poco, puede entreverse desde la pardoocracia y el igualitarismo? ¿Compaginan realmente sus propuestas con lo que ha entendido el venezolano que es «vivir mejor», si definitivamente se va a otro modo de vida? ¿Logrará sustituir los valores de la «cultura democrática burguesa», como la llama el *Libro Rojo*, que se insertan en la fundación y la formación mismas de la nacionalidad, al menos como ideal de sus élites?

Todo indica que una lectura de estas claves históricas (y de otras más) permitirá al chavismo medir la magnitud de sus retos; y a la oposición, entender por qué se llegó a la situación actual y compulsar la proyección histórica de sus valores. Al tomar cualquier decisión, el pueblo verá si es con el socialismo del siglo XXI o con lo representado por AD que hay más democracia y, en efecto, «se vive mejor». ■



CONSUMO DE ALIMENTOS EN VENEZUELA

CARLOS MACHADO ALLISON



0212-555.42.63 / 44.60
ediesia@iesa.edu.ve

¿Cuáles son las demandas alimentarias del país? ¿Qué consumen los venezolanos y qué cambios han ocurrido en sus hábitos de alimentación? ¿Cuál debe ser la oferta óptima de alimentos? ¿Cuáles son las políticas públicas que aseguran una saludable alimentación para todos? ¿Cuál es el balance apropiado entre la producción, importación y exportación? En este libro, excelentemente documentado, se describe el sistema productivo que garantizará la adecuada nutrición de los venezolanos.